

la feria de los días



ACE años, el humorista norteamericano Frank Sullivan tuvo la ocurrencia de crear a un personaje llamado Mr. Arbuthnot, perito en frases hechas, asesor público en materia de "clichés" o lenguaje estereotipado. A través de la pluma juguetona de Sullivan, Mr. Arbuthnot solía ilustrar a los lectores sobre las formas más socorridas de la comunicación científica, política, literaria. También, en una ocasión, hubo de considerar, desde su especial punto de vista, el lenguaje amoroso. He aquí la infiel versión de los frutos arrojados por esta última empresa, necesariamente adaptados, corregidos y aumentados por un servidor, a efecto de acomodarlos, no sólo a las peculiaridades de nuestro idioma, sino a nuestras propias inclinaciones. Debo aclarar que las diferencias resultantes no han sido escasas. La experiencia de la atmósfera mexicana, ha deparado a Mr. Arbuthnot, a quien hoy tomamos en préstamo, muchos hallazgos disímiles, y una que otra sorpresa.

PREGUNTA: Mr. Arbuthnot, en su calidad de experto en expresiones estereotipadas, ¿quisiera usted instruirnos sobre el empleo de éstas en el ámbito del sexo, del amor, del matrimonio, etc.?

RESPUESTA: Tendré el mayor gusto.

P.: Muchas gracias. Díganos entonces, Mr. Arbuthnot, ¿qué es el amor?

R.: Es la razón de nuestro existir. Y es ciego.

P.: Bien. ¿Y qué consecuencias produce?

R.: Nos hace vivir en las nubes. Convierte en débiles a los fuertes, y en fuertes a los débiles.

P.: ¿De quién se enamora un hombre joven?

R.: De la mujer más maravillosa del mundo.

P.: ¿Y de quién se enamora una joven mujer?

R.: Del hombre más maravilloso del mundo.

P.: ¿Cuándo sucede el enamoramiento?

R.: Cuando se cruzan sus caminos.

P.: Es decir...

R.: A primera vista.

P.: ¿Y cómo se enamoran?

R.: Locamente.

P.: ¿En qué se convierten entonces?

R.: En víctimas de los dardos de Cupido.

P.: ¿En cuanto a ella?

R.: Todo le parece más hermoso.

P.: ¿Y él, entretanto?

R.: Murmura a su oído dulces frases de amor.

P.: ¿Describa usted a la mujer más maravillosa del mundo?

R.: Sus ojos son dos estrellas. Sus dientes como perlas finas. Sus labios, de coral. Tiene cuello de cisne, pestañas sedosas, y un par de graciosos hoyuelos junto a la boca. Su porte es de reina. Su talle, de avispa. Sus mejillas, de arrebol.

P.: ¿No olvida usted algo, Mr. Arbuthnot?

R.: ¿Eh? No lo creo. Ojos, dientes, labios, cuello, pestañas, hoyuelos, porte, talle, mejillas. No, está todo.

P.: Su cabello.

R.: Es verdad. Mil perdones. Su cabello es de oro. O bien de negro azabache.

P.: Perfectamente. Describanos ahora al hombre más maravilloso del mundo.

R.: Es un Adonis rubio, un hombre como hay pocos, y un perfecto caballero. Es honrado a carta cabal, emprendedor, garbanzo de a libra. Sabe lo que quiere, y está loco por ella.

P.: ¿Por ella nada más?

R.: En general. A veces, sin embargo, sobre todo cuando en vez de ser un Adonis rubio, es alto y moreno, un hombre con toda la barba, y sabe cómo hablarles, las circunstancias lo empujan a que sienta la alegría de vivir. Incorregible Don Juan, no desperdicia la ocasión de echar una cana al aire. Pero en el fondo de su alma hay un solo amor verdadero. Ella es la única mujer que cuenta de verdad para él.

P.: ¿Por qué?

R.: Porque ella es "diferente". Un ángel bajado del cielo. La que ha de ser la madre de sus hijos.

P.: ¿Y ella, cómo reacciona?

R.: Esconde su dolor en lo más íntimo de su ser. A lo más, le lanza una mirada de silencioso reproche. Pues ella es la única que lo conoce realmente. Sabe que, a pesar de todo, él tiene un corazón de oro. Y que están hechos el uno para el otro. Además, no podría vivir sin él. Lo perdona, y ambos se hacen juramentos de amor eterno.

P.: ¿Y se casan?

R.: Y se casan. Esto es, unen sus destinos.

P.: Pero ¿antes?

R.: ¿Antes? Ah, sí, antes, él se le declara, le habla, le baja las estrellas del cielo. Ella, por su parte, le hace caso.

P.: Exacto, Mr. Arbuthnot. ¿Y en seguida?

R.: Los padres del novio piden la mano de la novia a los padres de ésta. Con lo cual el padre de la novia sonríe resignado, pues ante todo está la felicidad de su hija; mientras la madre deja escapar una lágrima, porque no ignora que el único amor desinteresado es el amor de madre.

P.: Pero acaba por consolarse ¿no es así?

R.: Así es. Pronto se da cuenta de que no pierde una hija, sino gana un hijo.

P.: Quedamos, pues, en que se casan. ¿Qué es el matrimonio?



R.: El matrimonio es una lotería.

P.: ¿Qué papel desempeña el sacerdote?

R.: Se digna impartir la bendición nupcial.

P.: ¿Únicamente?

R.: También pronuncia un inspirado fervorín.

P.: ¿Y el Presidente de la República?

R.: El Presidente de la República comparece como testigo en el matrimonio civil.

P.: Después de la boda, ¿qué hacen los nuevos esposos?

R.: Pasan la luna de miel en Acapulco.

P.: ¿Y más tarde?

R.: Ella tiene que decirle algo a él.

P.: ¿De qué se trata?

R.: Quiere enseñarle un par de zapatitos que ha estado tejiendo.

P.: ¿Por fin?

R.: Ambos forman un hogar y disfrutan de las delicias de la vida en familia. A menos...

P.: ¿A menos de qué?

R.: A menos de que él tenga el ojo alegre.

P.: ¿Caso en el cual?

R.: Deciden separarse.

P.: ¿Algo más?

R.: Hay solteros empedernidos que prefieren conservar su libertad. Verdaderos leones con piel de oveja. Olvidan que a la mujer no hay que tocarla ni con el pétalo de una rosa, y que el honor de aquella es algo más precioso que la vida misma. Cínicos que toman a la mujer como lo que es; frívolos que juegan con sus sentimientos. Seducen a las jóvenes inexpertas, y cada una es, para ellos, simplemente, una más. Igualmente se dan casos de mujeres de cascos ligeros, que cometen locuras, olvidándose de sí mismas.

P.: ¡Qué horror! Hable usted de aquellos hombres.

R.: Atraen con engaños a sus víctimas. Les hacen vanas promesas. Y jurándoles un falso amor, abusan de la inocencia.

P.: Pero ¿no los rechazan sus víctimas?

R.: Al principio, defienden su honra.

P.: ¿Cómo?

R.: Afean al atrevido su conducta; le hacen ver que ellas no son de ésas; le dicen: "Quita tu brazo", o bien: "No vayamos a echarlo todo a perder".

P.: ¿Y cuando no dicen ninguna de esas frases?

R.: Juegan con fuego, y sobreviene el deslíz.

P.: ¿A dónde las lleva semejante deslíz?

R.: A la perdición, a la deshonor, a la vergüenza. La sociedad las señala con índice de fuego.

P.: ¿Y el seductor?

R.: Las abandona sin oír sus ruegos, después de haber obtenido de ellas lo que buscaba.

P.: ¿Eso es todo?

R.: A veces, el padre acude a vengar la deshonor de su hija. Pierde la cabeza, y con una pistola acribilla al miserable como a una serpiente venenosa.

P.: Gracias, Mr. Arbuthnot. Muchas gracias. De hoy en adelante no estaremos prevenidos cuando... cuando...

R.: ¿Cuándo el demonio de la lujuria asome su horrible cabeza?

P.: Eso mismo. Muchas gracias de nuevo, Mr. Arbuthnot.

R.: Para servir a usted.

—J. G. T.